

Hojitas de Fe

Permaneced en Mí

169

9. Vida espiritual

Meditando con San Agustín Bienaventurados los limpios de corazón

Todo tu empeño durante esta vida debe dirigirse a mantener sanos los ojos del espíritu para poder ver a Dios.

A esto se encamina la celebración de los divinos misterios; a este fin se predica la palabra divina; a esto se dirigen las exhortaciones morales de la Iglesia, es decir, las que se dirigen a corregir las malas costumbres, refrenar las concupiscencias carnales y renunciar al mundo, no sólo de palabra, sino con el cambio de vida. Este es el blanco de las divinas Letras: purgar tu interior de aquellas impurezas que te impiden ver a Dios.

Así como el ojo corporal, hecho para ver la luz material, si se introduce en él una brizna, se ofusca y queda impedido para ver esta luz, así también el ojo del corazón, cuando está perturbado o herido, se aparta de la luz de la rectitud y no se atreve a contemplarla, ni puede hacerlo aunque quiera.

1º Necesidad de tener ojos sanos para ver a Dios.

Túquieres ver a Dios, buscas el modo de verlo, tienes un ardiente deseo de llegar a contemplarlo; y ¿quién no? Pero mira lo que está escrito: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* Ya ves cómo has de prepararte para que lo veas.

Hablemos en estilo vulgar. ¿Qué importancia tiene para ti la salida del sol cuando tienes los ojos enfermos? Cuando los ojos están sanos, la luz es alegría; cuando están enfermos, sólo sirve de tormento.

A ti no se te permitirá ver con corazón inmundo lo que sólo se puede ver con un corazón puro; serás rechazado, arrojado de allí, no verás nada.

*Al enumerar Cristo las demás bienaventuranzas e indicar las causas, obras, méritos y premios, de ninguna de ellas dijo: «**Ellos verán a Dios**». «**Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.** Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de ser justos, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia». En ninguna de estas promesas entra la visión de Dios. Pero llega a los limpios de corazón y les promete la visión de Dios; no por otro motivo sino porque sólo en un corazón puro existen los ojos con que puede Dios ser visto.*

2º Cuida el hombre de los ojos corporales, y descuida el ojo del corazón.

¿Qué es lo que ofusca el ojo del corazón? La codicia, la avaricia, la iniquidad, la concupiscencia del siglo; esto es lo que turba, lo que cierra, lo que ciega el ojo del corazón.

¡Con qué prontitud se acude al médico cuando se turba el ojo del cuerpo! ¡Qué diligencia para abrirle y lavarle, a fin que sane y pueda ver la luz material! No descansas ni sosiegas hasta que te sacan la brizna diminuta que te ha entrado en él.

Ahora bien, el sol que deseas ver con los ojos sanos, lo hizo Dios. Pero mucho más brillante que el sol debe ser el que lo hizo: y su luz no es de igual naturaleza que la del sol, pues está destinada a ser vista con los ojos de la mente. Esta luz es la eterna sabiduría.

Pero Dios te hizo, ¡oh hombre!, a su imagen y semejanza. Y siendo así, ¿cómo puedes suponer que te diera órganos para ver el sol que creó, y que te negara el medio de verle a él? No dudes, pues, que te los ha dado: como el cuerpo tiene órganos, los tiene también el espíritu.

Pero cuanto amas los ojos exteriores, tanto descuidas el interior; lo llevas destrozado y herido. Por eso sería para ti un castigo si Dios quisiera mostrártete: sería, sí, un tormento para tu ojo si antes no se cuida y sana.

Cuando pecó Adán en el paraíso, se escondió de la vista de Dios. Mientras tuvo sano el corazón, con la pureza de la conciencia gozaba de la presencia de Dios; pero tan pronto como pecó, quedó turbado su ojo y empezó a tener miedo a la luz divina, y se refugió en las tinieblas y en la espesura del bosque, huyendo de la Verdad y buscando la oscuridad.

3º Tres cosas son necesarias para la mirada limpia del alma.

Es el alma la que ve; pero para que vea le son necesarias tres cosas: tener los ojos en buen estado, mirar y ver.

1º **Tener los ojos sanos** es tener la mente purificada de toda mancha corporal, es decir, alejada y purgada de toda codicia de bienes perecederos. No se puede hacer que el alma enferma y manchada por los vicios vea lo que sólo podrá ver estando sana; y mientras no se convenza de lo que necesita, no empezará a cuidar su salud.

Este beneficio solamente podrá poseerlo por la fe. Mas ¿qué ocurrirá si, aun creyendo que las cosas son como se le dicen, y que en esa forma las ha de ver –en el caso de que pueda verlas–, desespera de su salud? ¿No se abate con esto y se desprecia a sí misma y se niega a someterse a los mandatos del médico?

Ello es muy cierto, principalmente porque es natural que la enfermedad encuentre duros estos mandatos. Luego a la fe será preciso añadir la esperanza. Mas ¿qué

sucederá si se convence de que todo ello es muy cierto, y tiene esperanza de poder sanar, pero no ama ni desea la luz que se le promete, y juzga que debe vivir contenta en medio de las tinieblas, que ya le parecen agradables a fuerza de la costumbre? ¿No desprecia con eso igualmente al médico?

Luego, en tercer lugar, se necesita **la caridad**, como cosa absolutamente necesaria. Sin estos tres requisitos, ningún alma puede estar sana para ver a Dios, es decir, para entenderle.

2º ¿Y qué resta, una vez que tiene sanos los ojos? **Mirar**. La mirada del alma es la razón; pero como no es consecuencia necesaria que todo el que mira vea, estamos en el deber de buscar y encontrar otro requisito.

Para poder ver hace falta mirar con rectitud y perfección; y esta mirada, a la que sigue la visión, recibe el nombre de *virtud*, pues la virtud no es sino la razón recta o perfecta.

Pero, aunque el alma tenga sanos los ojos, no puede dirigir sus miradas a la luz si no posee habitualmente los tres dones citados, que son: la fe, para que crea que tiene un bien hacia el cual debe dirigir sus miradas, y que es de tal condición y naturaleza que puede hacerla feliz con su vista; la esperanza, para que tenga firme seguridad de que ha de ver lo que mira; y la caridad, para que desee ver y gozar.

3º A la mirada sigue la **visión** de Dios, que es el fin de la misma, y no en el sentido de que deje ya de existir, sino en el de que ya no tiene otra cosa a qué atender, y ésta es la virtud verdaderamente perfecta: cuando la razón toca a su fin, que es la vida eterna.

Esta visión no es otra cosa que el conocimiento del alma, resultante del espíritu que percibe y del objeto que se manifiesta; así como la vista resulta del órgano visual y de los objetos exteriores, de modo que, si faltara uno de estos elementos, no sería posible ver.

Examinemos ahora si cuando el alma llegue a ver a Dios, es decir, a entenderle, necesitará de las tres condiciones de que hemos hablado.

¿Por qué le ha de ser necesaria la fe si tiene delante la realidad? Tampoco ha de tener necesidad de la esperanza, puesto que ya posee lo que esperaba. En cambio, a la caridad no sólo no se le quitará nada, sino que se le añadirá mucho. Tan pronto como el alma contemple aquella hermosura verdadera y singular, la amará más; y sólo por el amor inmenso con que habrá fijado en ella su mirada, y por la circunstancia de no apartarla de allí jamás, podrá gozar siempre de esta vida beatífica.

Pero mientras el alma viva en este cuerpo, aunque consiguiese ver con toda perfección a Dios, y aunque llegara a comprenderlo, como los sentidos corporales conservan su modo de obrar propio —que, aunque no induce a error, tampoco excluye toda duda—, se podría llamar fe aquella resistencia que tiene que vencer para creer ser cierto lo que ve con los ojos del alma.

Por la misma razón, a pesar de la dicha que puede alcanzar el alma en la tierra con el conocimiento de Dios, por hallarse expuesta a sufrir todas las enfermedades corporales, tiene necesidad de esperar, y espera que todas esas molestias físicas con-

cluyen con la muerte. Por tanto, la esperanza no abandonará por un momento al alma mientras viva en este mundo.

Pero, una vez concluida esta existencia, cuando el alma se abisme toda entera en el seno de Dios, no necesitará ya de otros lazos que los del amor.

Tres requisitos, por tanto, son indispensables al alma: *que esté sana, que mire y que vea.* Las otras tres disposiciones: *fe, esperanza y caridad*, son siempre necesarias en esta vida; las dos primeras, sólo en esta vida; la caridad, también en la otra.

Afectos y súplicas.

Sepa yo, Señor, pensar de ti según tu bondad, y dame gracia para buscarte con sencillez de corazón. A ti se dirige mi corazón: *Buscaré tu rostro* (Sal. 26 8). Busco tu rostro, Señor, cuando te busco con el corazón.

Escucharé ahora tu voz, y aprenderé a desearte; aprenderé el modo de verte y me prepararé para ello.

Bienaventurados son todos los que te ven; y los que te ven, no es porque hayan sido durante esta vida pobres de espíritu, ni porque fueron mansos, ni porque lloraron, ni porque tuvieron hambre y sed de la justicia, ni porque ejercitaron la misericordia, sino porque fueron limpios de corazón.

Buena es la humildad para poseer el reino de los cielos; buena la mansedumbre para poseer la tierra; bueno el llanto para recibir el consuelo; buena el hambre y la sed para ser plenamente satisfecho; buena la misericordia para conseguir misericordia; mas para verte a ti, lo bueno es el corazón puro.

Quiero verte, Señor. Gran cosa es la que deseo, y tú me exhortas a que la quiera. Ayúdame a purificar mi corazón, porque purísimo es lo que quiero ver, e impuro es el medio con que quiero conseguirlo.

Para que yo pueda verte, tú quieres venir a mí, según dijiste: *Yo y el Padre vendremos a él, y haremos morada en él* (Jn. 14 23).

Tú tienes tu asiento allí donde habitas. Y ¿dónde habitas sino en tu templo? Templo tuyo es nuestro corazón. Ilumíname con tu gracia para que te reciba dignamente en el mío. Entre en mi corazón el Arca del Testamento y destruya todos sus ídolos.

Ven a mí, Señor, y purifícame con tu gracia; purifica mi corazón con tus auxilios y consolaciones. Eres Espíritu, y en espíritu y verdad debo adorarte yo. Purifica e ilumina mi corazón, y sé para mi lugar de refugio. Tú eres mi morada; habita en mí, para que yo pueda habitar en ti.

Si te recibo en mi corazón durante la vida, tú, después de la vida presente, me admitirás a tu presencia.